



"En la cuarentena, achaparrado de talla, oculto tras unas gafas, un ojo de cristal y una ceguera prematura...". Paris-Match explica tendenciosamente la figura de Serguei Kauzov.

La increíble historia de la cándida Cristina y el malvado "tovarich"

La tensión Este-Oeste se manifiesta hasta en los hechos más nimios, desde la boda de Cristina Onassis hasta las partidas de ajedrez en Filipinas. Todo es criticable en este verano político, mientras Adolfo Suárez, a bordo del *Íón*, planea la "operación otoño" con su inseparable Abril Martorell (la pareja del año en España, indudablemente). La sociedad occidental, reserva moral —salvo lapsus, como el desfalco a la Ford en Almusafes de cincuenta millones por un ciudadano español de aspecto normal, Guillermo Martínez—, se horroriza de la boda moscovita.

ES la antitesis de un *play-boy*", afirmaba con deje nostálgico Javier Parra desde las severas páginas del *Ya*. Se refería, desde luego, a Serguei Kauzov, al que describía como "un simple funcionario soviético, diez años mayor que ella, divorciado, miope y con relucientes piezas de oro en

su boca...". En la vieja y cristiana Europa y en los menos viejos, pero, sin embargo, tan cristianos, Estados Unidos se ha desatado un indomeñable furor contra Cristina Onassis y su boda. Para colmo de males, en Baguio (Filipinas), el disidente Viktor Korchnoi descubría entre las filas de espectadores a un

Se tolera a regañadientes que los cubanos ayuden en Angola, que se canjee al disidente Scharansky —supuesto agente de la CIA en Moscú— por dos espías soviéticos, que el Presidente Carter felicite a Tachito Somoza por su "política de derechos humanos", que Pinochet se niegue a entregar a los oficiales chilenos complicados en el asesinato de Letelier, pero que una Onassis, de los Onassis de Scorpions, ya sabe, con isla, compañía naviera y líneas aéreas, se case con un soviético, no. Eso es llegar al límite elástico. No se puede aguantar.

mago soviético (azufre y conjuros). Vladimir Zukhar, que amenazaba con aplicarle el *mal de ojo*. En ese momento estaba en desventaja en su séptima partida con el campeón "ortodoxo" Karpov.

Cuando en octubre de 1968 la viuda de John Kennedy —toda la gracia de Occidente en

sus mejillas, todo el "charme" de la mezcla franco-bostoniana en sus maneras— contraía matrimonio con Aristóteles Onassis, antiguo contrabandista de tabaco y drogas, traficante, bajo, bastante más de diez años mayor que ella, francamente miope y con el oro reluciente incrustado en sus múltiples ne-

La increíble historia de la cándida Cristina y el malvado "tovarich"

gocios, en Grecia, Argentina, Francia, Mónaco y España, entonces el viejo "Ari" semejaba a un play-boy. La prensa de la cristiana y vieja Europa encontraba apuesto y decididamente atractivo al "otoño naviero". Cuestión de óptica. Solamente "Pueblo", dirigido con pulso firme por Emilio Romero, hizo agrios comentarios a la dama. La sociedad americana media también se sintió defraudada, la esposa del joven John "se casaba por dinero". Occidente se tambaleaba.

Sin embargo, el máximo coeficiente de elasticidad de la sociedad occidental tiene su punto de ruptura en la boda celebrada en Moscú. Inaceptable. En un rasgo de ingenio, José María Carrascal, desde Nueva York, escribe para "ABC": "Romeo Kauzov y Julieta Onassis". La prensa francesa, esencialmente, lleva alertando a la opinión pública sobre el peligro que significa "para el Mediterráneo" dicha boda. Aristóteles Onassis, el hombre que hacía fluctuar los fletes fondeando sus barcos durante años —varios puertos españoles han tenido largas temporadas a los barcos de la flota Onassis en espera de órdenes—, pudiera ser considerado, junto con Juan March —en esto España estaba a la altura de las circunstancias—, uno de "los últimos piratas del Mediterráneo". Los vericuetos que ha seguido su fortuna hasta llegar sumisa ante un funcionario soviético en la calle Griboyedova, en el Palacio Central de los Matrimonios, es una síntesis de la Historia de Occidente. Casi se podría decir que de su decadencia.

La patria soviética

La encargada de bodas para extranjeros, en Moscú, repitió la fórmula maldita: "Vivas don de vivas, nunca olvides a tu madre patria soviética". La frase tiene tal contenido de provocación que un corresponsal de la agencia Reuter manifestaba que "la boda con un miembro del PCUS no debería afectar al imperio comercial Onassis". La flota de cincuenta petroleros, con capacidad de cinco millones de toneladas, de las empresas Onassis, unida a la flota mercante soviética —7,2 millones de toneladas—, darían a la URSS el control mundial del transporte marítimo. "El Romeo venido del frío" —como lo llama *Paris-Match*— sería el "puente" entre Moscú y Atenas.

Las cosas, pese a todo, no parecen apuntar por ese camino. Los soviéticos han puesto como condición a la boda que Cristina retire todas sus inversiones en la URSS para poder contraer matrimonio. A Serguei, por su parte, alto funcionario de la SOVFRAKHT, que es la compañía mercante soviética, le han exigido que pidiese el cese el primero de junio, cuando las relaciones entre la pareja eran ya de dominio público. *Diario 16*, acoplándose a este cese, titulaba: "Comunista en paro se casa con la Onassis". Se esbozaba la idea de un *gigoló totalitario* a la caza de la "pobre heredera". La escrupulosidad soviética, rayana en el puritanismo para entrar en el terreno de la intimidad el matrimonio, no consigue calmar a Occidente. *El Alcázar* hace más

de un mes que apunta la posible filiación de Serguei al KGB, actuando con "consigna directa del Kremlin".

Fue la propia Cristina Onassis la que, en 1976, solicitó de la SOVFRAKHT el envío de algunos técnicos para un encuentro en París. Acababa de hacerse cargo de la flota, tras la muerte de su padre, y ante la crisis energética, pensó en importar petróleo soviético. Moscú estaba interesado, por su parte, en obtener divisas. En un almuerzo de trabajo en París, dos funcionarios del organismo estatal entraron en contacto con la armadora. Uno de ellos, naturalmente, era Serguei Kauzov. "Había sido enviado de órdenes concretas de atraerla con su sencillez", afirma *L'Aurore*. Parece dudoso que el KGB mande un "anti-

play-boy" para seducir a una millonaria dos veces divorciada. Pero la vieja y cristiana Europa está dispuesta a creer cualquier cosa de "más allá del telón de acero".

El encuentro parisino, seguido de otros en Río de Janeiro, fue un desencanto para la prensa del corazón occidental. "En la cuarentena, de talla achaparrada, enfundado en trajes de mediocre calidad, no tiene nada de Apolo ni de dandy —aseguraba *Paris-Match* en primicia para Europa—, lleva gafas para ocultar un ojo de cristal y su prematura ceguera; casi nunca sonríe, pero cuando lo hace exhibe un diente de oro; es ella la que paga las cuentas de los restaurantes...". La imagen del soviético corre por Occidente en unas fotografías que, posteriormente, se descubre no corresponden a la realidad. Eran de un guardaespaldas de Cristina.

"L'esprit de corps"

El viejo Onassis, financiero de los coroneles en Grecia y de Rainiero de Mónaco y sus casinos (1), era el ejemplo viviente de que en Occidente todo es posible con la tenacidad y el esfuerzo y, naturalmente, una saludable dosis de desvergüenza.

La madre de Cristina, Tina Lívanos, se divorció de Onassis cuando éste mantenía a bordo de su yate —que junto con el *Azor* de Franco, antiguo barco real español, ampliado mediante la fractura del casco añadiéndole un cuerpo central, eran de los mayores de Europa— los caprichos de María Callas, adelgazada mediante el extraño procedimiento de introducirse una cabeza de tenia en los intestinos. Tina Lívanos se casó con Niarchos, un competidor naviero de Onassis que también alteraba con la Callas. Los hijos del matrimonio Tina-Aristóteles fueron permanentemente noticia en la *jet society* mundial: Alejandro y Cristina.

En una de las escapadas de la Callas apareció en escena Jackie Kennedy —que había rechazado, al parecer, a Antonio Garrigues—, cansada ya de su papel de viuda inconsolable tras el atentado de Dallas (la prensa "del corazón" comenzaba a filtrar que su matrimonio con el Presidente norteamericano no había sido todo el "oasis de fe-



Aristóteles Onassis, contrayendo matrimonio con Jackie Kennedy en 1968. Todo era "normal".



El yate Christina, que junto con el *Azor* de Franco, eran un exponente del poder onnónimo en Occidente.

(1) Ver TRIUNFO número 806. "Política de bodas y bodas políticas".



"No creo que sea una boda por dinero, ella parece enamorada y no creo que le interese el sueldo de Serguei", declaraba un mes antes la madre del novio.



"No olvides nunca a la madre patria soviética", dice la funcionaria moscovita, con gran escándalo de Occidente.

licidad" que se suponía, con la consiguiente decepción de la gran mayoría silenciosa). El "otoño naviero", desbordado por los caprichos de María Callas y viendo la posibilidad de un inesperado prestigio en los Estados Unidos, *aceptó* casarse con la ex primera dama norteamericana. Cuando, cincuenta años antes, había empezado el contrabando de tabaco y drogas en la Boca de Buenos Aires no podía pensar en que se casaría con la mujer de un Presidente norteamericano.

Tenacidad y buena conducta

Cristina Onassis, al parecer, no encajó el matrimonio paterno. Tres años después se casa ella también con un *play-boy*

de cuarenta y siete años, padre de cuatro hijos. En Occidente se encontró el hecho "normal". Cuando se divorciaron y Joseph Bolker pidió una indemnización de varios millones, también fue considerado el hecho como "normal". Tras varios intentos de suicidio, Cristina se vuelve a casar, esta vez en el seno de la comunidad, con Alejandro Andreadis, de treinta y ocho años, hijo de otro naviero —los navieros, en Grecia, son como los bodegueros españoles, un clan que se madura al sol de sus negocios cerrados—; el matrimonio era "normal". Mediante la entrega de cinco mil dólares, Cristina conseguía, catorce meses después, el divorcio. Todo "normal", dentro de *l'esprit de corps* que anima a la vieja y cristiana Europa y el sano sen-

tido democrático que mantiene a los Estados Unidos.

Cuando Alejandro Onassis muere en un accidente de aviación —su padre daba un millón de dólares "si le demostraban que no fue accidente"— y Tina Livanos se carboniza en su lujoso apartamento de París, todo sigue "normal".

El viejo ritual

La prensa occidental aún continúa viviendo de la boda de Carolina de Mónaco. "Están en el Caribe". "Fue a visitarlos su madre". Son, como cabía esperar de ellos, una correcta fuente de información. Las bodas del año cubren sistemáticamente un espacio sociopolítico definido. Conllevan su correspondiente ritual. Margarita de

Inglatera, Fabiola y Balduino. La boda de la hija de Franco fue un alarde de lanceros, capas, espadas y medallas. Al marqués de Villaverde lo llevaron vestido de caballero de Malta, en El Pardo se sirvió en el banquete *pan negro* (aún existía, después de diez años, el racionamiento de posguerra); los invitados, lógicamente, lo probaban por primera vez, era un bocado exótico. Eran bodas dentro de un *consenso*. Aceptables. Ultimamente, el director general de Música, ex cura, con chaquet bien cortado y el cabello plateado, cuidadosamente recogido en un tembloroso tupé, contraía matrimonio con la duquesa de Alba. Todo dentro de un orden, según el ritual preestablecido. Nadie hizo alusiones a la talla del duque consorte. Cuando Hussein de Jordania contrae matrimonio por cuarta vez, también se considera "normal" su talla (es, no lo olvidemos, un puntal de Occidente dentro del mundo árabe). Mickey Rooney se ha casado por octava vez, su talla increíble no fue objeto de comentarios. Ni tan siquiera la boda de Henry Kissinger con su colaboradora Nancy obtuvo reparos, pese a que ésta doblaba en estatura al antiguo secretario de Estado. Eran "bodas occidentales".

"Temor en las finanzas", pregonaba *El Imparcial* ante la boda moscovita. El rechazo más o menos velado a la nueva boda parte de su simplicidad. Las cadenas de televisión norteamericanas han invertido millones en conseguir una conexión, vía satélite, para obtener un minuto de filmación. "Se trata —decía el corresponsal del *Daily Mail*— de la fusión del capitalismo ortodoxo con la sociedad comunista". Sin embargo, en Moscú la ceremonia pasó inadvertida, la sociedad soviética desconoce las "crónicas de sociedad", la "prensa del corazón", la *jet society*. Apenas una docena de personas rondaba los alrededores del Palacio Central de Matrimonios a las diez de la mañana, cuando la heredera de una fortuna de más de setenta mil millones de pesetas se casaba, al compás de la marcha nupcial de Mendelssohn, como cualquier pareja provinciana.

La madre del novio, un mes antes de la boda, había declarado: "Parece enamorada de Serguei, no creo que esté interesada en su sueldo". "Don Juan rojo", como le llama *Le Fíguro*, gana doscientos rublos al mes, unas trescientas mil pesetas al año. ■ F. G.